

# GENIO Y LOCURA. UNA REVISIÓN HISTÓRICA DEL CASO HÖLDERLIN

ANACLETO FERRER

I.E.S. Jordi de Sant Jordi.

CÁNDIDO POLO

Servicios de Salud Mental de Valencia.

Entre las más recientes orientaciones historiográficas que confluyen en la reconstrucción del devenir de la psiquiatría como disciplina autónoma, cabe destacar la importancia asignada hoy al estudio de las historias clínicas como fuente primaria de investigación. Sin duda alguna estos materiales constituyen, cuando su estado de conservación lo permite, una inmejorable vía de acceso al conocimiento científico y representan con bastante fidelidad los recursos asistenciales con que ha venido contando esta especialidad médica en cada momento. Cuando se trata de algún paciente ilustre, como el poeta que ahora nos ocupa, cuya notoriedad hizo posible la narración escrita de su peripecia vital por numerosos testigos contemporáneos suyos de relieve y perfiles bien distintos —médicos, cronistas, familiares, escritores o vecinos—, podemos considerarnos afortunados por la calidad del valor testimonial de algunos de ellos, desde Autenrieth y Kerner, hasta Schiller, Goethe, Schelling o Hegel. De este modo, la ausencia de un completo expediente clínico que pudiera haber sobrevivido, dando cuenta de los detalles de su rutina asilar, queda parcialmente compensada por las descripciones orales transmitidas por quienes tuvieron oportunidad de conocerle tras su salida de alta, como Waiblinger, quien, a pesar de

sus numerosos errores, nos ha legado un valioso remedo de epicrisis gracias a sus observaciones minuciosas, fácilmente interpretables por cualquier clínico. También resultan de suma utilidad las versiones epistolares de quienes se relacionaron con él en alguna época de su vida, hasta llegar a componer un mosaico interdisciplinar de su persona que constituye una verdadera anamnesis colectiva.

Concorre además la circunstancia de que la quiebra del frágil equilibrio de nuestro poeta y su internamiento involuntario en el Klinikum de Tubinga coincidiera con los primeros pasos de la naciente ciencia psiquiátrica, lo que pone a nuestra disposición un valioso testimonio sobre la medicina mental del momento. Su patobiografía ha sido revisada al detalle por célebres psiquiatras posteriores, que se han venido interesando por un examen clínico retrospectivo del caso desde sus correspondientes criterios periciales en una prolongada controversia, a menudo impregnada de deformaciones, como suele ocurrir en cualquier intento de tipificar los síntomas a la luz de los criterios nosológicos de otra época. También en nuestro tiempo resulta harto frecuente el anacronismo, un común defecto historiográfico sobre el cual nos previene Germán Berrios con su propuesta de recalibrar los datos clínicos mediante una rigurosa baremación contrastada que reduzca los riesgos subjetivos de interpretación en la psicopatología descriptiva<sup>1</sup>. No en vano contamos junto a estas fuentes documentales con el material privilegiado de los escritos del autor, cuyo atractivo resulta tanto más elocuente al estar su obra considerada como una de las cumbres del Romanticismo y la literatura universal. También es unánime la apreciación que atribuye a nuestro poeta los rasgos característicos de la genialidad, aquel raro privilegio que, desde los clásicos griegos, venimos encontrando asociado a los espíritus más melancólicos que han destacado por su creatividad en las letras y las artes. Sobre todo entre los poetas, antes que en aquellos otros artistas que pueden sostenerse con el dominio y la disciplina de su destreza técnica, como se puede comprobar por la correlación estadística obtenida entre una amplia muestra<sup>2</sup>. Quizás esto se deba a que quienes sólo trabajan con el lenguaje como expresión del pensamiento pueden arriesgar tanto más su equilibrio cuanto más original sea su fuente de inspiración y más inescrutable resulte la lógica interna que rige su universo simbólico. Así que podemos considerar que el caso de Friedrich Hölderlin reúne, sin duda, las mejores condiciones para la reflexión historiográfica sobre cada uno de los aspectos referidos y constituye un excelente material para el ensayo desde distintas perspectivas, a partir de las oportunas recomendaciones metodológicas planteadas por Rafael Huertas en un reciente trabajo<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> BERRIOS, G. (1994): Vieja y nueva psiquiatría, *Maristán*, 3, 34-43, p. 41.

<sup>2</sup> BRENOT, Ph. (1998): *El genio y la locura*, Ediciones B, Barcelona, pp. 211-237.

<sup>3</sup> HUERTAS, R. (2002): Historia de la psiquiatría, ¿por qué?, ¿para qué? Tradiciones historiográficas y nuevas tendencias, *Frenia*, Vol. I-1, pp. 9-36.

## DESENCANTO, QUIEBRA MORAL E INTERNAMIENTO

Si ya desde principios del siglo XIX el poeta iba dando muestras de una notable inestabilidad anímica, como consecuencia de su limitada capacidad para encajar los sucesivos reveses que le acontecieron, hasta el suplicio del amor imposible que asumió con resignación romántica, la muerte de su amada Diotima vino a precipitar la brusca irrupción de un cataclismo interior con todos los visos de una crisis psicótica. Algo de la nostalgia sobre la inevitable finitud que alentaba sus versos primerizos debió removerse en su yo más íntimo, como cuando escribía que «el niño es inmortal, pues nada sabe de la muerte»; un triste consuelo con que enjugar la prematura desaparición de varios de sus hermanos. Se cerraba así el periplo de una personalidad premórbida, anticipada por una ausencia permanente de la figura paterna desde los nueve años y la sombra alargada y oscura de su madre, viuda por dos veces antes de los treinta años, que eclipsó la infancia del poeta con toda la rigidez de su educación pietista, entablándose una tensa relación entre ambos para siempre, agravada por la imposición de su vocación clerical.

Su temperamento hipersensible, dotado de «una intensa subjetividad», como en su primer encuentro hiciera notar Schiller<sup>4</sup>, hizo germinar en él un notable apego a la Naturaleza, cuya cercanía siempre buscó desde su innata disposición ciclotímica, con una viva espiritualidad panteísta, antes que con la rigidez de su formación teológica. También su inquietud de saber y su preclara inteligencia hicieron posible una excelente educación y aprovechamiento escolar, destacando siempre entre los mejores, a la altura de los cerebros más privilegiados de su tiempo, con algunos de los cuales compartió su juventud desde la adolescencia. Y si bien no alcanzó el reconocimiento académico de aquellos, pudo gozar de la libertad de viajar como preceptor por distintos países y ocuparse de tareas diversas, en un itinerante desarraigo que le permitió abrazar la causa revolucionaria que desde la vecina Francia impulsaba urgentes cambios sociales. Pero entre sus mayores inquietudes siempre figuró la imagen mítica de Grecia —«crecí entre los brazos de los dioses»—, anclado en una suerte de helenismo idealista donde pudiera verse realizado el sueño utópico de una comunidad de hombres libres —como la que nos describe su Hiperión— en la que, por encima de todo, creía. Por eso, tan alejado como estaba de la realidad mundana, no eran raras sus frustraciones en el roce cotidiano del trato social y no pudo evitar sufrir los peligros de persecuciones y represalias, como alguno de sus más íntimos amigos, entre no pocas decepciones que terminaron por minar su frágil equilibrio.

Así llegó a verse fracasado incluso en sus expectativas poéticas, hasta pensar en buscar asilo en «el hospital de la filosofía»; sobre todo cuando se sentía embotado, sin

<sup>4</sup> Cit. por KRETSCHMER, E. (1961): *Hombres geniales*, Ed. Labor, Barcelona, p. 140.

recursos y dependiente de su familia: «tengo una cabeza tan lenta que en ocasiones dedico días y semanas a cosas que los demás hacen con mucha rapidez y por eso necesito mucho tiempo y tengo que ahorrarlo, casi con miedo»<sup>5</sup>. Más adelante, después de quejas reiteradas de agitación psíquica, llega extenuado a mediados de 1802, «vencido por Apolo»<sup>6</sup>, para buscar refugio en casa de su madre en un estado de abandono lamentable. Apenas recuperado, recibe la noticia fatídica de la muerte de su amada, que precipitaría su enajenación, entre ataques de furor y descontrol que harían precisa la intervención del Dr. E. Ch. Planck, por medio de sedantes, que alternaba con el efecto balsámico de los versos de Homero. Pero el curso de la demencia de Hölderlin parece inevitable, como revela el siguiente año esta triste visión descrita por Schelling en una carta a Hegel: «tiene la mente trastornada por completo, y aunque hasta cierto punto sea capaz de llevar a cabo algunos trabajos, como por ejemplo sus traducciones del griego, suele tener el espíritu ausente. Su aspecto fue para mí estremecedor: descuida su semblante hasta el punto de provocar asco, y, a pesar de que su hablar no indica locura, ha adquirido las maneras exteriores de quienes se encuentran en tal estado»<sup>7</sup>.

Para reevaluar las transiciones del humor que tensionan el zozobranante estado de salud del poeta durante el período que cierra la primera mitad de su vida, es fundamental el desescombro biográfico realizado por Adolf Beck<sup>8</sup> y Christoph Jamme<sup>9</sup> con ocasión de la larga polémica desatada por la biografía del francés Pierre Bertaux. En junio de 1804, a su paso por Würzburg camino de Homburg, Hölderlin acude de nuevo a ver a su antiguo correligionario Schelling; será la última vez que ambos se reúnan, como recoge la carta en la que vuelve a poner a Hegel al corriente del encuentro: «está mejor que el año pasado, no obstante todavía es perceptible su perturbación»<sup>10</sup>. A tenor de lo expuesto en ambas cartas, no cabe inferir que el estado mental del poeta sea por el momento el de un «loco», pues aunque por su aspecto lo parezca «su hablar no indica» tal cosa.

De entre los amigos de Hölderlin, Isaac von Sinclair es, sin duda, el que más firmemente convencido está de que los trastornos que aquejan al poeta, desde que estuvo en Burdeos en 1802, no anuncian una enfermedad incurable sino una quiebra

<sup>5</sup> HÖLDERLIN, F (1990): *Correspondencia completa*, Ed. Hiperión, Madrid, carta n° 200. En adelante citaremos HCC y n° de la carta.

<sup>6</sup> HCC: n° 240.

<sup>7</sup> HÖLDERLIN, F (1992-1993): *Sämtliche Werke und Briefe III*, Carl Hanser Verlag, Múnich, p. 619. En adelante citaremos SWB, n° del volumen y número de la página.

<sup>8</sup> BECK, A (1982): *Hölderlins Weg zu Deutschland. Fragmente und Thesen*, J.B. Metzler, Stuttgart, pp. 190-213.

<sup>9</sup> JAMME, CH. (1988): «Ein kranker oder gesunder Geist»? Berichte über Hölderlins Krankheit in den Jahren 1804-1806, en Jamme, Ch. y Pöggeler, O. (ed.): *Jenseits des Idealismus. Hölderlins letzte Homburger Jahre (1804-1806)*, Bouvier Verlag, Bonn, pp. 279-289.

<sup>10</sup> SWB: III, 631.

anímica pasajera por la muerte de su amada. Para hacer posible su restablecimiento, en 1804 lo lleva consigo a Homburg, en calidad de bibliotecario de la corte del Landgrave. Si bien al principio el estado del vate parece estabilizarse, hacia finales de año se produce una recaída, un súbito empeoramiento que bien pudiera estar relacionado con la prolongada ausencia de Sinclair de la ciudad para asistir en París a la coronación de Napoleón como emperador.

A principios de 1805 las cosas se pondrían peor, al verse el entorno del poeta envuelto en investigaciones por alta traición, aunque éste fue exculpado por la comisión responsable tras solicitar un informe sobre su «perturbación anímica». Este trámite fue cumplimentado por el Dr. Müller, que ya le había tratado en 1799, lo que le permitió constatar que: «su estado se ha agravado tanto que es presa de frenesí, y sus palabras, mezcla de alemán, griego y latín, son totalmente incomprensibles»<sup>11</sup>. Con todo ello se pudo certificar la progresiva alienación que invalidaba a Hölderlin: «ha caído en una suerte de demencia; maldice continuamente a Sinclair y los jacobinos, y grita a la vez a los habitantes del lugar, con no poco asombro por parte de éstos: no quiero seguir siendo jacobino»<sup>12</sup>. No obstante, a pesar de esta apariencia delirante, con todos los rasgos de un desarrollo paranoide, el estado mental del poeta aún es incierto, al menos a juzgar por sus trabajos como traductor de los clásicos, como escribe Gerning en julio: «Hölderlin, que sigue estando *medio* loco, laborea también en Píndaro» (el subrayado es nuestro)<sup>13</sup>. El regreso de Sinclair de la prisión permitió apaciguar los ánimos del escritor, aunque sus posteriores ausencias por motivos diplomáticos coincidieron con nuevas crisis depresivas, y los meses siguientes debieron de ser decisivos en el agravamiento de su estado mental. Su situación en Homburg se hace insostenible.

En la primavera de 1806 Sinclair abandona Berlín y vuelve a casa. El 3 de agosto escribe a la madre de Hölderlin, a la que antaño había asegurado no creer en la enfermedad del hijo, que en «su desdichado amigo» la «locura ha alcanzado un grado muy alto» y que en ese estado no puede seguir «cobrando un salario» y residiendo en Homburg<sup>14</sup>. El 11 de septiembre su incapacitación ya es efectiva y, en contra de su voluntad, Hölderlin es trasladado en carruaje hasta Tubinga. Se resiste y forcejea porque cree que le llevan a prisión, lo que confirma la solidez de su delirio persecutorio y la evidencia de haber sido traicionado por todos. Sinclair, que ha recomendado su internamiento, no le acompaña en este viaje. De sus antiguos amigos Schelling y Hegel no recibirá jamás una visita, como tampoco de su familia. Comienza esa segunda etapa de la vida del poeta, su particular temporada en el infierno, a la que muchos llaman de «ofuscación espiritual».

<sup>11</sup> HÄRTLING, P. (1986): *Hölderlin. Una novela*, Ed. Montesinos, Barcelona, p. 408.

<sup>12</sup> BERTAUX, P. (1992): *Hölderlin y la Revolución Francesa*, Ediciones del Serbal, Barcelona, p. 182.

<sup>13</sup> HÖLDERLIN, F. (1943 ss.): *Sämtliche Werke 7,2*, Verlag W. Kohlhammer, Stuttgart, nº 287.

<sup>14</sup> SWB: III, 643.

No es para sentirse menos ofuscado. Cuesta imaginar el sufrimiento de aquel espíritu sensible, humillado con engaños y en el más absoluto abandono, bajo un deplorable estado físico, sucio y desarrapado, emprendiendo el viaje más triste de su vida: atado de pies y manos, para ser internado por la fuerza, apenas conteniendo sus ataques de agitación furiosa con los que trataba de oponerse a su privación de libertad. Pero la libertad, ciertamente, le había sido arrebatada antes por los estragos de su terrible enfermedad.

#### LA POESÍA ES MÁS FUERTE QUE LA LOCURA

Desde el 15 de septiembre de 1806 al 3 de mayo de 1807, Hölderlin permanece recluido en la clínica del Dr. Autenrieth en la Bursa-Gasse, donde se había preparado un cuarto fortificado con barrotes de madera, acaso para encerrar al furibundo: el primer enfermo mental que entraba allí. También la psiquiatría daba por entonces sus primeros pasos como disciplina autónoma, recién emancipada de la medicina general. Contaba aquél a su ingreso 36 años; el 7 de junio de 1843, a su muerte —«muy dulcemente, sin agonía por así decirlo», según el testimonio de Lotte, la hija del ebanista que lo acogió<sup>15</sup>— era un anciano de 73, tras 36 años de aislamiento en el domicilio de los Zimmer. Su vida quedó así dividida en dos mitades simétricas por un encierro de casi ocho meses en la clínica del Dr. Autenrieth<sup>16</sup>; pero el desarrollo de Hölderlin de la «normalidad» a la «locura» no fue lineal, pues en él se repite un proceso que el poeta reconocería muy pronto como característico de su vida, la cual transcurre en un eterno «flujo» y «reflujo», como si una marea ciclótica insondable estuviera determinando su precaria entereza y su recurrente labilidad emocional<sup>17</sup>.

Ferdinand Autenrieth, coetáneo de Hölderlin, ejercía desde 1797 como docente en la cátedra de anatomía y cirugía de Tubinga. Era un médico culto y progresista para la escasez de recursos de su tiempo, cuya clínica no era propiamente un manicomio, aunque tenía tres habitaciones reservadas al cuidado de enfermos mentales. Si bien no era, en rigor, un experto en alienismo, Autenrieth abogaba por una asistencia inspirada en la reeducación de los orates, conciliador al tiempo que autoritario, y brutalmente disuasivo si la ocasión lo requería, de acuerdo con los principios tradicionales del tratamiento moral<sup>18</sup>. Paseos y baños relajantes, trato amable y tareas de ocupación pedagógica y entretenimiento dejaban paso durante los accesos de furia a burdas técnicas de sujeción mecánica por medio de correas y máscaras de cuero, o

<sup>15</sup> HÖLDERLIN, F. (1978): *Poemas de la locura*, Ed. Hiperión, Madrid, p. 45.

<sup>16</sup> FRANZ, M. (1980/81): Annäherungen an Hölderlins Verrücktheit, *Hölderlin-Jahrbuch*, 22: p. 274.

<sup>17</sup> HCC: n° 35.

<sup>18</sup> WACKWITZ, S. (1985): *Friedrich Hölderlin*, Metzlersche Verlagsbuchhandlung, Stuttgart, p. 50.

al castigo corporal mediante cintarazos y otros recursos de contención<sup>19</sup>. La finalidad de la máscara y la pera que lleva el nombre de Autenrieth, hecha al torno con madera dura, que se aplicaba a la boca como mordaza, consistía, según explica en 1807 en sus Ensayos para la medicina práctica en los establecimientos clínicos de Tubinga, en «interrumpir los gritos irracionales o los llantos y los gemidos intencionados sin objeto, así como evitar los reproches de los vecinos a los que esos ruidos molestan. Cuando se emplea este extraño método, el loco siente cierto despecho porque su terquedad ha sido, finalmente, vencida»<sup>20</sup>.

Desahuciado y con una esperanza de vida no superior a tres años, según se le había se pronosticado, Hölderlin abandonó el Klinikum donde durante doscientos treinta y un días había permanecido internado. Al cabo de la estancia su estado general había empeorado y el deterioro de sus facultades mentales persistía, por lo que Autenrieth debió renunciar a mantener su reclusión en mayo de 1807, rendido ante la evidencia de la inutilidad terapéutica de sus métodos de contención, que no consiguieron restaurar la cordura del paciente, como tampoco lo lograra su farmacopea variopinta: recursos minerales como el fósforo y el dulce de mercurio, excipientes anisados y remedios botánicos como manzanilla, digital, belladona y opio, sin olvidar la cantárida o «mosca española»<sup>21</sup>. Finalmente accedió a la petición del maestro carpintero Zimmer, encargado de los trabajos de ebanistería de la clínica, para que pudiera dejarle al cuidado de su familia, pasando a convivir entre los suyos en la nueva vivienda que acababa de estrenar en un edificio cercano, donde estuvo emplazado el baluarte, junto a las aguas del río Neckar.

Ernst Friedrich Zimmer, artesano de treinta y cinco años de edad, se interesó por Hölderlin poco después de su traumático ingreso porque conocía su identidad y admiraba sus escritos tras haber leído su *Hiperión*. Es éste un hecho que debemos destacar, ya que supone un vivo ejemplo de cómo el movimiento literario de la época no estuvo restringido a un reducido grupo de intelectuales. En el prefacio de *Hiperión* o el eremita en Grecia, Hölderlin había escrito: «Me gustaría que este libro estuviese abocado a conseguir el amor de mis compatriotas»<sup>22</sup>. Del ebanista lo obtuvo, y de toda su familia, que se haría cargo de él con exquisita paciencia y trato tolerante hasta el día de su muerte, treinta y siete años más tarde, en un ejemplo de constancia y falta de prejuicios. Sin duda alguna, esta respetuosa actitud cívica, que hizo posible

<sup>19</sup> UFFHAUSEN, D. (1984/85): 'Weh! Närrisch machen sie mich'. Hölderlins Internierung im Autenriethschen (Tübingen 1806/07) als die entscheidende Wende seines Lebens, *Hölderlin-Jahrbuch*, 24, pp. 306-365.

<sup>20</sup> KRAEPELIN, E. (1999): *Cien años de psiquiatría*, Ed. AEN, Madrid, pp. 106-107.

<sup>21</sup> FICHTNER, G. (1980): *Psychiatrie zur Zeit Hölderlins*, Ausstellung anlässlich der 63. Jahrestagung der Deutschen Gesellschaft für Geschichte der Medizin, der Naturwissenschaften und Technik in Tübingen, Ausstellungskataloge der Universität Tübingen nr. 13, pp. 55-57.

<sup>22</sup> HÖLDERLIN, F. (1992): *Hiperión*, Ed. Hiperión, Madrid, p. 21.

la convivencia del enfermo y su perseverancia creativa, aun en los momentos más confusos de su autismo, debe ser reconocida como una noble iniciativa pionera entre las tareas desinstitucionalizadoras, adelantada en muchos años a las modernas orientaciones de reinserción social. Allí, en efecto, en la soledad de su particular torre lunática, donde el poeta pudo reconciliarse con el ermitaño que de joven quiso ser, quizás encontraría Hölderlin su anhelado retorno al seno de la madre Naturaleza.

Pero el mayor reconocimiento no sólo procede, quizás, del beneficio terapéutico que la actitud filantrópica de la familia Zimmer produjo en nuestro paciente. También la literatura universal está en deuda con aquellos ciudadanos ilustrados, cuya solidaridad hizo posible que Hölderlin continuara escribiendo hasta el final de sus días, y que sus luces no se extinguieran totalmente, como sin duda habría ocurrido de continuar confinado en la crudeza de aquel régimen de reclusión asilar que tanto aborrecía. En su postrera residencia el vate continuó creando poemas hasta el final de sus días, a menudo inacabados, aunque a veces se enfrascaba en una prolífica actividad creativa, como relata August Mayer, un estudiante que en 1811 vivió en la misma casa que el poeta: «El pobre Hölderlin quiere editar también un almanaque y para ello llena a diario un gran número de papeles»<sup>23</sup>. También el suabo Wilhelm Waiblinger que lo conoció en 1822, relata en la biografía publicada en 1831: «Al principio escribía mucho. Llenaba todos los papeles que se le pusieran a mano. Eran cartas en prosa o metro pindárico libre, dirigidas a su amada Diotima, y también escribía odas alcaicas. Había adoptado un estilo extraordinariamente singular»<sup>24</sup>. Las cartas de Lotte Zimmer de 1842 confirman que el habitante de la torre aún creaba regularmente versos. Los testimonios dan fe de que Hölderlin no dejó de escribir en sus años de aislamiento. De lo que compuso durante esos 37 años apenas se conserva una cincuentena de piezas de los centenares de esbozos que debieron salir de su pluma en la torre de Tubinga, y que gentes como Zimmer, Mayer, el médico y poeta Justinus Kerner o Gustav y Christoph Schwab seleccionaron según criterios que nada tienen que ver con el rigor filológico de los especialistas modernos. De nuevo es Waiblinger quien informa: «Tengo en Alemania muchas de las cosas que escribió durante su triste vida y las sacaría a la luz si me fuera posible»<sup>25</sup>. Rodolfo E. Modern ha realizado el siguiente inventario de la que llama «poesía crepuscular de Hölderlin»:

En estas décadas de interminable espera, con una excepción muy personal [...] y en que aparece Diotima, casi la mitad de los poemas llegados a nosotros se refieren a la amistad (2), al hombre y a la humanidad (4), al nacimiento y muerte de un niño (2), a la

<sup>23</sup> WITTKOP, G. (ed.) (1993): *Hölderlin der Pflegsohn. Texte und Dokumente 1806-1843 mit den neu entdeckten Nürtinger Pflegschaftsakten*, J.B. Metzler, Stuttgart, p. 23.

<sup>24</sup> WAIBLINGER, W. (1988): *Vida, poesía y locura de Friedrich Hölderlin*, Ed. Hiperión, Madrid, p. 22.

<sup>25</sup> WAIBLINGER, W.: op. cit., p. 33.



vida jubilosa (1), a un cementerio (1), a un paseo (1), a Grecia (1), al devenir del espíritu (1), al espíritu de la época (1), a la vista de la naturaleza (2), a un visitante ocasional, el señor de Leuret (1), a su bondadoso y comprensivo huésped, el carpintero Zimmer (2), a la conformidad (1), a la fama (1), a la lejanía (1), a los días (1), al cielo (1), y a lo agradable de este mundo (1).

La casi mitad restante está dedicada, y ello resulta sumamente sintomático, a las estaciones del año, en la siguiente forma: a la primavera (9), al invierno (6), al verano (5), y al otoño (2)<sup>26</sup>.

Excepto la oda alcaica *Si de lejos...* (*Wenn aus der Ferne...*), en que Diotima toma la palabra y en la remembranza aparece una actitud de queja referida a un pasaje previo de la vida del poeta —compuesta probablemente en 1808 como parte de un plan de continuación de *Hiperión*—, cuya forma y vocabulario recuerda la originalidad de su anterior dicción, la mayoría de los poemas de la locura, sobre todo a partir de la década de los treinta, ostentan una notable regularidad métrica y rítmica<sup>27</sup>. Casi todos constan de pocas estrofas resueltas en forma de cuartetos a base de yambos penta- o hexapódicos con rima consonante AABB o, a veces, ABBA. Sobre este asunto comentará Bettina von Arnim en 1840: «Mientras que el poeta tenga aún necesidad de buscar acento métrico y no esté arrebatado por el ritmo, su poesía estará falta de verdad. La poesía es cosa muy otra que la búsqueda insípida y vana de la rima. Ningún espíritu de cierta profundidad se complacería en ello»<sup>28</sup>. De la especial atención que Hölderlin prestaba a la coherencia y estructura interna de los versos, ha dejado testimonio Johann Georg Fischer, que en abril de 1843 vio cómo trabajaba el poeta enfermo:

Como debía salir de Tubinga en mayo, le pedí algunas líneas. Y él me dijo: «Como desee su Santidad. ¿Debo escribir sobre Grecia, la Primavera, el Espíritu del Tiempo?» Yo le pedí esta última. Con los ojos brillando con un fuego juvenil, se acomodó en el pupitre, tomó una gran hoja, una pluma nueva y escribió, escandiendo el ritmo con los dedos de la mano izquierda sobre el pupitre y exclamando un «hum» de satisfacción al terminar cada línea, al tiempo que movía la cabeza en signo de aprobación<sup>29</sup>.

De tanto en tanto recibía la visita de algún amigo, procurando mantenerse a distancia de los que sólo acudían para contemplar con morbo su locura. Cuando el tiempo era apacible salía a pasear por el camino de ronda que bordea la ribera del río, pero pasaba la mayor parte del día en su habitación, en el primer piso de la torre

<sup>26</sup> MODERN, R.E. (1975): *Estudios de literatura alemana. De Hölderlin a Peter Weiss*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, p. 34.

<sup>27</sup> WITTKOP, G.: op. cit., p. 348.

<sup>28</sup> HÖLDERLIN, F. (1978): *Poemas de la locura*, pp. 40-41.

<sup>29</sup> HÖLDERLIN, F. (1974): *Empédocles y escritos sobre la locura*, Ed. Labor, Barcelona, p. 140.

semicircular de la vivienda, tocando el piano —un regalo que adaptó a su manera, cortando un buen número de cuerdas—, escribiendo y releendo «el Hiperión y sus polvorientos poetas antiguos»<sup>30</sup>. Por las detalladas descripciones de Waiblinger y otros testigos sabemos que a algunos visitantes les daba trato de Majestad, Santidad o Barón, entre afectadas reverencias y estereotipias, mientras él se hacía llamar Scardanelli, Salvator Rosa o Kilalusimeno, en un proceso de despersonalización y pérdida de identidad que luego sería irreversible. Son frecuentes los neologismos, como corresponde a su condición de poeta, que le permite despreciar con ironía el lenguaje «kalamata», y es manifiesta su libérrima licencia en rigurosos aspectos formales, como la fecha de creación de algunos de sus versos, que a veces ubica de forma arbitraria entre los siglos XVII y XX, un signo evidente de la caótica desorientación espacio-temporal que se cierne sobre su persona. El ritmo asociativo y el estilo manierista de su lenguaje, que refleja un pensamiento saltígrado, determinado por una torrencial fuga de ideas, consigue impedir la comunicación antes que propiciarla, según se desprende de sus peculiares diálogos.

La mayoría de estudios provenientes del campo de la psicopatología sobre las obras últimas de Hölderlin han tendido a considerar sus versos bien como la prueba de que la psicosis no es una desgracia sino «una forma diferente —y acaso más elevada— de organizarse la razón»<sup>31</sup>, bien como material patográfico testimoniante de la descomposición de una inteligencia y del hundimiento de su capacidad expresiva. En 1976, Roman Jakobson, en colaboración con Grete Lübbe-Groethues, fiel al credo racionalista que ha guiado su actividad como lingüista, en un esfuerzo por buscar el orden que se esconde detrás del caos aparente, acomete un análisis estructuralista del que muy probablemente sea el último texto salido de la pluma del poeta: La visión (Die Aussicht):

Cuando la vida de los hombres va perdiéndose,  
 Wenn in die Ferne geht der Menschen wohnend Leben,  
 Como una lejanía donde resplandeciera el tiempo de los sarmientos,  
 Wo in die Ferne sich erglänzt die Zeit der Reben,  
 Vacía contéplase la campiña del Verano,  
 Ist auch dabei des Sommers leer Gefilde,  
 Con oscura imagen el bosque aparece.  
 Der Wald erscheint mit seinem dunklen Bilde.

Que la Naturaleza termine la imagen de los tiempos,  
 Dass die Natur ergänzt das Bild der Zeiten,  
 Que se demore hasta alcanzar

<sup>30</sup> WAIBLINGER, W.: op. cit., p. 31.

<sup>31</sup> WITTKOP, G.: op. cit., p. 347.

Dass die verweilt, sie schnell vorübergleiten,  
 La perfección, y que la cima de los cielos  
 Ist aus Vollkommenheit, des Himmels Höhe glänzet  
 Para los hombres brille, como árboles de flores estallantes.  
 Den Menschen dann, wie Bäume Blüth' umkränzet.  
 Humildemente  
 Mit Unterthänigkeit  
 24 de Mayo Scardanelli.  
 d. 24 Mai Scardanelli <sup>32</sup>  
 1748.

Este poema sirve a Jakobson para probar cómo en él reinan la estructura y la simetría sutiles que caracterizan la obra de todo gran poeta. Incluso loco, Hölderlin continúa produciendo versos perfectos: la poesía es más fuerte que la locura. Después de haber demostrado la presencia de relaciones entre los elementos constitutivos del texto en todos los planos de su organización lingüística, Jakobson aborda la cuestión de su especificidad, y más particularmente de las huellas que deja la enfermedad mental en la obra del poeta, para concluir que la paradoja de Hölderlin (y de otros «esquizofrénicos», añade) es que las estructuras monológicas del discurso permanecen intactas, mientras que el enfermo pierde la «competencia dialógica». Los últimos poemas de Hölderlin, concluye, «se caracterizan por el hecho de suprimir toda alusión tanto al acto de habla y al momento en que tiene lugar, como a las personas que participan efectivamente en él»<sup>33</sup>.

#### ALIENACIÓN Y GENIALIDAD: UNA ANAMNESIS INTERDISCIPLINAR

Para Susan Sontag, autora de un iluminador ensayo titulado *La enfermedad y sus metáforas* (1977), «cualquier enfermedad importante cuyos orígenes sean oscuros y su tratamiento ineficaz, tiende a hundirse en significados»<sup>34</sup>. Éste es el caso de la locura, una enfermedad rodeada de arcanos «que pasa por ser índice de una sensibilidad superior, vehículo de sentimientos `espirituales´ y de insatisfacción `crítica´»<sup>35</sup>.

Es un tópico cultural persistente y controvertido el que desde la antigüedad relaciona la locura con el genio, sea por mediación divina, como Platón atribuía a la locura creativa de profetas y poetas para diferenciarla de la locura mórbida, sea por

<sup>32</sup> HÖLDERLIN, F. (1978): *Poemas de la locura*, pp. 154-155.

<sup>33</sup> JAKOBSON, R. (1996): Un cop d'ull a 'La vista' de Hölderlin, en Hölderlin, F., *Poemes de l'entenebriment*, Quaderns Crema, Barcelona, p. 220.

<sup>34</sup> SONTANG, S. (1984): *La enfermedad y sus metáforas*, Ed. Muchnik, Barcelona, p. 89.

<sup>35</sup> SONTANG, S.: op. cit., p. 55.

razón de enfermedad, como Aristóteles observaría después desde su mentalidad empírica. ¿Por qué razón todos aquellos que han sido hombres de excepción (...), resultan claramente melancólicos?»<sup>36</sup>, se preguntaba el Estagirita al principio del famoso Problema XXX, relacionando estos rasgos psicológicos con la causalidad física de los humores que nos constituyen. Un proverbio latino immortaliza esta idea que hace incompatible el ingenio con la normalidad: *Nullum est magnum ingenium sine mixtura dementiae* (jamás ha habido un gran talento sin un toque de locura)<sup>37</sup>.

Durante el Renacimiento, Marsilio Ficino, un renombrado platónico, revitalizó en *De triplice vita* la postura aristotélica al atribuir la melancolía —según una creencia astrológica que ejerció una influencia cada vez mayor a partir del siglo XII, el temperamento ambivalente de los nacidos bajo el signo de Saturno— a un don divino, cerrando el círculo al reconciliar las ideas de Platón y Aristóteles, «pues sostenía que la melancolía de los grandes era simplemente una metonimia por la manía divina de Platón»<sup>38</sup>. La nueva imagen del artista alienado acababa de nacer y, a partir de entonces, una ola de cualidades temperamentales asociadas con la melancolía recorrería Europa: la veleidad, la soledad, la excentricidad estarían a la orden del día entre los creadores. Tras el breve interludio ilustrado del siglo XVIII, en que el pensamiento racional y equilibrio emocional se consideraron los componentes principales de la grandeza de espíritu, el Sturm und Drang y el Romanticismo terminaron por consagrar la lucidez creativa y la fuerza renovadora de la imaginación, enfatizando no sólo el lado melancólico sino el aspecto espontáneo, inspirado del genio.

La joven ciencia psiquiátrica del siglo XIX también se interesó por la relación entre la enfermedad mental y el genio, esgrimiendo las hipótesis degeneracionistas y hereditarias en boga, tales fueron los casos de Moreau de Tours en Francia —para quien la salud del organismo excluía la actividad superior del intelecto—, de Lombroso en Italia —que venía a concluir que la mayoría de los grandes hombres padecieron algún trastorno neurológico o psiquiátrico— y de Möbius en Alemania.

La psiquiatría, que a principios del siglo XX se iba organizando conceptual y metódicamente según el nuevo espíritu positivista que trataba de clasificar los trastornos mentales, comenzó a interesarse por el análisis clínico y psicobiográfico de individuos destacados aquejados de algún tipo de padecimiento espiritual, con el fin de encontrar alguna clave que pudiera relacionar la etiopatogenia de sus disturbios con la genialidad. En este ámbito representó un hito la patografía de Hölderlin escrita por Wilhelm Lange (después Lange-Eichbaum) aparecida en 1909, un documen-

<sup>36</sup> ARISTÓTELES (1996): *El hombre de genio y la melancolía (Problema XXX)*, Quaderns Crema, Barcelona, p. 79.

<sup>37</sup> BRENOT, Ph.: op. cit., p. 39.

<sup>38</sup> WITTKOWER, R. y M. (1995): *Nacidos bajo el signo de Saturno. Genio y temperamento de los artistas desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*, Ed. Cátedra, Madrid, p.104.

tado estudio médico del que se desprende que el poeta deja entrever en 1800 los primeros barruntos de la enfermedad llamada por Karl Ludwig Kahlbaum en 1869 «catatonia», proceso patológico que culmina catorce años después<sup>39</sup>, y a la que Emil Kraepelin en los últimos años del siglo XIX consideró una subforma de la *dementia praecox*<sup>40</sup>, una desorganización vesánica de la personalidad de la que son típicos el trastorno motor, los accesos de excitabilidad y la desestructuración del lenguaje. En 1946, Kurt Schneider, en su *Psicopatología clínica*, un libro clásico del pensamiento médico alemán, aún se hacía eco de esa acepción hoy en desuso del término «catatonia» según la cual «es bastante usual llamar 'viejos catatónicos' a defectos esquizofrénicos con extravagancias motrices y también lingüísticas»<sup>41</sup>.

Después de que en 1911 Eugen Bleuler consagrara la voz «esquizofrenia», extendiendo la idea de mente escindida a cuanto antes había alcanzado la demencia precoz, la psiquiatría pareció alcanzar un consenso nosológico para diagnosticar la enfermedad mental de Hölderlin como una psicosis esquizofrénica. Así, Karl Jaspers, tras haber obtenido en 1921 la cátedra de filosofía de la Universidad de Heidelberg, en cuya clínica psiquiátrica había ejercido años antes como asistente, abordó el problema de la experiencia vital esquizofrénica en un análisis comparativo de cuatro personajes de elevado nivel espiritual: Strindberg, Van Gogh, Swedenborg y Hölderlin. De esa manera retomó bajo una forma nueva la tradición germánica de las patografías inaugurada por Möbius, el primero en diagnosticar a Hölderlin en 1901 una *dementia praecox*<sup>42</sup>. De las patografías de Hölderlin y de Van Gogh, Jaspers concluye:

Se trata de espíritus en los que la esquizofrenia sienta sus reales para en ellos verificar sus experiencias y animar fantasmas vinculados por completo a dichos espíritus; fantasmas y experiencias que acaso parezcan inexplicables ulteriormente por la mentalidad de las personas a quienes afectan, pero que, si no fuera por la esquizofrenia, no se manifestarían nunca como lo hacen<sup>43</sup>.

Incluso llega a componer una elocuente analogía didáctica: «De la misma manera que el molusco enfermo engendra una perla, la esquizofrenia puede engendrar extraordinarias obras de arte», lo que poco después reafirma por boca de Hellingrath, aún más entusiasta que él, al afirmar que los versos del poeta en trance psicótico constituyen «el corazón, la medula y la cumbre de la obra de Hölderlin, su verdadero

<sup>39</sup> LANGE, W. (1909): *Hölderlin. Eine Pathographie*, Verlag von Ferdinand Enke, Stuttgart, p. 215.

<sup>40</sup> FITCHNER, G.: op. cit., p. 87.

<sup>41</sup> SCHNEIDER, K. (1997): *Psicopatología clínica*, Ed. Fundación Archivos de Neurobiología, Madrid, p. 125.

<sup>42</sup> LANGE, W.: op. cit., p. 216.

<sup>43</sup> JASPERS, K. (1968): *Genio y locura. Ensayo de análisis patográfico comparativo sobre Strindberg, van Gogh, Swedenborg, Hölderlin*, Ed. Aguilar, Madrid, p. 177.

testamento»<sup>44</sup>. En cambio, Dilthey considera que en su etapa crepuscular «comenzaron héroes y dioses a adquirir dimensiones enormes y a adoptar las más fantásticas formas...Y su lenguaje da, de puro alegórico, en el absurdo y en la excentricidad»<sup>45</sup>. Jaspers piensa que el poeta y el pintor representan un tipo diametralmente opuesto al personificado por Strindberg y Swedenborg:

En la obra de éstos, la esquizofrenia no supone, fundamentalmente, sino un ingrediente material, mientras que en la de aquellos condiciona la forma íntima, el proceso mismo de su creación. En los segundos, la capacidad de producción literaria se mantiene incólume hasta el último momento, sin que llegue a producirse nunca un verdadero desmoronamiento; en los primeros, se acelera el ritmo de producción, sumidos en una tormenta interior que estalla al llegar un determinado momento, a partir del cual se va precipitando ese proceso de desintegración que remata en la total anulación de la capacidad creadora que caracteriza en ellos el estado final<sup>46</sup>.

Otro conspicuo representante de la psiquiatría germánica, Ernst Kretschmer, autor de una controvertida clasificación, hoy desfasada, de los tipos corporales y el carácter —según la cual a cada morfotipo le corresponde un psicotipo y está predispuesto, en caso de enfermar psíquicamente, a caer en una determinada psicosis— abogó en 1929 por incluir al poeta entre los asténicos o leptosómicos:

Los leptosómicos, gente de reducido crecimiento, suelen tener [...] sus períodos críticos en la edad púber, en el tiempo de la maduración sexual; los individuos de este grupo, cuya salud es menos fuerte, tienden, en este período de la vida, a las exaltaciones exageradas, las cavilaciones filosóficas, los conflictos con los padres, el ambiente y la orientación profesional, así como a los arranques ambiciosos seguidos de desfallecimientos y abandono (crisis puberales). Si por acaso llegan a enfermar psíquicamente a esta edad, caen de preferencia en la esquizofrenia (demencia precoz), que puede conducir a un derrumbamiento persistente (Hölderlin)<sup>47</sup>.

La tesis de Kretschmer de la correlación entre el tipo físico y la manifestación psíquica morbosa, en lo concerniente a Hölderlin se viene abajo cuando observamos que en el pasaporte a Regensburg resulta descrito como un individuo de «anchas espaldas»<sup>48</sup> y no como un «leptosómico, de cuerpo delgado, rasgos faciales agudos, enjutos, a veces, con simultáneos retardos en el desarrollo y aun con características infantiles»<sup>49</sup>.

<sup>44</sup> JASPERS, K.: op. cit., p. 180.

<sup>45</sup> JASPERS, K.: ibid., p. 183.

<sup>46</sup> JASPERS, K.: ibid., p. 251.

<sup>47</sup> KRETSCHMER, E. (1961): *Hombres geniales*, Ed. Labor, Barcelona, p. 39.

<sup>48</sup> BECK, A.: op. cit., p. 196.

<sup>49</sup> KRETSCHMER, E.: op. cit., p. 39.

En su libro *Hölderlin y el problema del padre*, editado originalmente en 1961, Jean Laplanche, acomete una investigación patográfica que comporta dos orientaciones complementarias: «la de la clínica psiquiátrica y la de la dinámica más específicamente psicoanalítica», fechando los principios de la psicosis esquizofrénica en el período de 1794 a 1800, que «según los críticos corresponde a una evolución ascendente y culmina con la emergencia de la gran obra poética»<sup>50</sup>. A estas alturas del siglo la polémica psicopatológica en torno al paradigma esquizofrénico estaba a punto de estallar, y el «caso Hölderlin», presente en casi la totalidad de patografías desde principios del mismo, no podía quedar ajeno a los dimes y diretes de la disputa.

En la década de los 70 se articuló toda una serie de movimientos sociales alrededor de la crítica y la desaparición de las instituciones totales, centros cerrados (cárceles, reformatorios, psiquiátricos), autoritarios y despersonalizadores, en los que no eran infrecuentes los abusos y los malos tratos. Para Franco Basaglia y las posiciones más radicales de la psiquiatría crítica comprometidas en la negación de la institución manicomial, la evolución de las enfermedades mentales y, sobre todo, de la esquizofrenia, está falseada por una observación parcial, la que se obtiene de los pacientes internados en los manicomios, que terminan por determinar el curso hacia la cronicidad. De ahí que las descripciones psicopatológicas de la enfermedad mental, lejos de ser especificaciones nítidas de síntomas, pudieran ser sólo «dobles conductuales» creados por la institución total, más como una etiqueta que tiene que ver con la estigmatización social, política o espiritual de la diferencia, que como una entidad con un contorno nosológico definido por criterios clínicos. Lejano ya el radicalismo teórico de este discurso crítico, el francés Bertaux parece argumentar en referencia a Hölderlin de modo semejante a como lo hacía la ideología antipsiquiátrica, si bien se aparta de ésta en lo referente a su suposición fundamental, a saber: que lo que llamamos enfermedad mental no son sino formas de divergencia del código social y discursivo. Este autor no niega la existencia de la enfermedad mental en general —ni del defecto esquizofrénico en particular— sólo que hasta 1806 afirma no haber podido encontrar indicios de la misma en Hölderlin. Para él, los cambios perceptibles en la personalidad del poeta a partir de mediados de 1802 son el resultado de una comprensible reacción a las experiencias dolorosas vividas. Tras el encarcelamiento de Sinclair en febrero de 1805, y puesto que también sobre él planea la sospecha de alta traición, Hölderlin, un buen conocedor del Hamlet<sup>51</sup>, adoptó como el héroe trágico shakespeariano la máscara de la locura con el objetivo deliberado de eludir la persecución política. El traslado forzado de Homburg a Tubinga en 1806 y el tiempo de internamiento en el universo institucional concentracionario representado por la clínica de Autenrieth acabaron por hacer de él «un lisiado espiritual», pero ¡jojo!, con-

<sup>50</sup> LAPLANCHE, J. (1975): *Hölderlin y el problema del padre*, Ed. Corregidor, Buenos Aires, p. 155.

<sup>51</sup> BECK, A.: op. cit., p. 200.

cluye Bertaux, «un lisiado, aun cuando sea un lisiado psíquico, no es ni de largo un enfermo mental»<sup>52</sup>. Durante la segunda mitad de su vida, esos 36 legendarios años de convivencia con la familia Zimmer, habría conservado el poeta, ante propios y extraños, la máscara de Hamlet. Una hipótesis que cualquier clínico difícilmente podría respaldar.

#### UN PALIMPSESTO SIN FINAL

Las reacciones no se hicieron esperar. Mientras Beck se preguntaba con ironía si el Hölderlin de Bertaux no sería «un mimo genial»<sup>53</sup>, Uwe Henrik Peters, catedrático numerario de neurología y psiquiatría en la Universidad de Colonia, publicaba en 1982 un libro en el que arremetía contra la tesis de la simulación defendida por el germanista francés, sirviéndose del psicoanálisis y la lingüística estructural, para concluir que los trastornos del lenguaje que el poeta empieza a padecer a partir de 1802 son los propios de una «forma especial de la esquizofrenia» llamada en 1913 por Kraepelin «esquizofasia»<sup>54</sup>, que se caracteriza por una disociación o escisión —una *Spaltung*— entre el pensamiento y el lenguaje. Un año antes, un trabajo de Walter Müller-Seidel sobre la obra tardía de Hölderlin «en el contexto de su enfermedad» apuntaba ya en esta dirección<sup>55</sup>. De esta guisa, el llamado «caso Hölderlin» volvía a ser contemplado bajo una de las acepciones nosológicas que, desde el punto de vista conceptual de la historia de la psiquiatría clínica, ha sido característica del siglo XX: la esquizofrenia. De psicosis esquizo-afectiva, un cuadro clínico fronterizo que tiene que ver tanto con los disturbios esquizoides que alteran al pensamiento como con las oscilaciones cíclicas de la afectividad, habla Helm Stierlin en *Nietzsche, Hölderlin und das Verrückte*<sup>56</sup>, y otra vez de «esquizofrenia» Ingeborg Joppien, autora de una psicobiografía de Hölderlin realizada desde el punto de vista psicoanalítico<sup>57</sup>.

Tampoco alberga dudas sobre la condición esquizofrénica del trastorno de Hölderlin —a pesar de que tal concepto no existiera en su momento— el psiquiatra Jean Garrabé, quien resta valor a una interpretación marxista de Peter Weiss sobre la locura como elección política, en la línea de la hipótesis posteriormente desarrollada

<sup>52</sup> BERTAUX, P. (1981): *Hölderlin-Variationen*, Suhrkamp Taschenbuch, Fráncfort, p. 685.

<sup>53</sup> BECK, A.: *ibid.*, p. 200.

<sup>54</sup> PETERS, U.H. (1982): *Hölderlin. Wider die These vom edlen Simulanten*, Rowohlt, Reinbek bei Hamburg, p. 224.

<sup>55</sup> MÜLLER-SEIDEL, W. (1981): Hölderlin in Homburg. Sein Spätwerk im Kontext seiner Krankheit, en Jamme, Ch. y Pöggeler, O. (ed.), *Homburg vor der Höhe in der deutschen Geistesgeschichte. Studien zum Freundeskreis um Hegel und Hölderlin*, Klett-Cotta, Stuttgart, pp.161-188.

<sup>56</sup> STIERLIN, H. (1992): *Nietzsche, Hölderlin und das Verrückte*, Carl Auer Verlag, Heidelberg, pp. 41-83.

<sup>57</sup> JOPPIEN, I. (1998): *Friedrich Hölderlin. Eine Psychobiographie*, Kohlhammer, Stuttgart-Berlin-Colonia.



por Bertaux. Más política parece la descarada instrumentalización de la figura del poeta por parte del régimen nazi, con motivo del centenario de su muerte, en un grandioso homenaje que se le tributó con participación de Heidegger, y en el que destacaba una corona mortuoria, la más ostentosa, con el nombre de Adolf Hitler<sup>58</sup>. En una reciente recapitulación, minuciosa y exhaustiva, el profesor Garrabé relata con gran detalle el papel que ha desempeñado a lo largo del siglo recién concluido la entidad taxonómica conocida como esquizofrenia, que reemplazó a la histeria como modelo de locura después de que Freud descubriese en los albores de la pasada centuria los mecanismos psicológicos de los trastornos neuróticos calificados hasta entonces de histéricos. Si a cada época le corresponde, en el campo de la psicopatología, una enfermedad mental considerada como incomprensible, que encarna el modelo de la locura absoluta, «¿qué otra enfermedad mental», se pregunta el historiador francés, «reemplazará en el siglo XXI» a la esquizofrenia «y ocupará su sitio en las diversas culturas en las que la medicina recurre a este concepto?»<sup>59</sup>. En el asunto que nos concierne, el de la relación entre psicopatología y creación artística, la respuesta procede de un reciente estudio de Kay Redfield Jamison, una profesora de psiquiatría en la Escuela de Medicina de la Universidad John Hopkins de Baltimore que ha estudiado en profundidad la enfermedad maniaco-depresiva: «Habiendo enfocado antes la relación entre la creatividad y la 'esquizofrenia' (a veces una enfermedad maniaco-depresiva mal diagnosticada) o las vagas nociones de la psicopatología», explica Jamison, los investigadores «han dejado en gran parte sin examinar el papel específico que desempeñan los trastornos del humor en la creación artística»<sup>60</sup>.

La enfermedad maniaco-depresiva, o trastorno bipolar, «enfermedad de la razón y el estado de ánimo que lo mismo mata que propicia las artes de la imaginación», comprende una amplia gama de trastornos del humor y de temperamentos. «Su gravedad varía de la 'ciclotimia' —caracterizada por cambios pronunciados pero no totalmente debilitadores del humor, del comportamiento, del pensamiento, del sueño y de los niveles de energía— a las formas psicóticas de la enfermedad extremadamente graves, que ponen en peligro la vida»<sup>61</sup>. Recordemos que hasta Bertaux afirmaba «que Hölderlin fue siempre ciclotímico»<sup>62</sup>, algo que el propio poeta, proclive al autoanálisis, había reconocido de manera más o menos explícita al referirse al eterno «flujo y reflujo» de su humor en la carta que remite a Neuffer el 8 de noviembre de

<sup>58</sup> GARRABÉ, J. (1996): *La noche oscura del ser. Una historia de la esquizofrenia*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 117.

<sup>59</sup> GARRABÉ, J.: op. cit., p.12.

<sup>60</sup> JAMISON, K. R. (1998): *Marcados con fuego. La enfermedad maniaco-depresiva y el temperamento artístico*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 18.

<sup>61</sup> JAMISON, K.R.: op. cit., p. 25.

<sup>62</sup> BERTAUX, P.: op. cit., p. 685.

1790<sup>63</sup>. Según Jamison, que incluye a Hölderlin en la lista de «escritores, artistas plásticos y compositores que probablemente padecieron ciclotimia, depresión mayor o enfermedad maniaco-depresiva» que cierra su libro *Marcados con fuego*<sup>64</sup>:

La ciclotimia y los temperamentos maniaco-depresivos relacionados con ella también son una parte integral importante de la gama maniaco-depresiva, y es fundamental la relación de las personalidades predispuestas y de la ciclotimia con el desarrollo subsecuente de las psicosis maniaco-depresivas. El temperamento ciclotímico se puede manifestar de diversas maneras: como predominantemente depresivo, maniaco, hipomaniaco, irritable o ciclotímico [...].

Desde luego, no todos los individuos que padecen ciclotimia desarrollan el síndrome maniaco-depresivo. Pero muchos sí lo desarrollan, y las similitudes temperamentales entre los que cubren todas las normas diagnósticas de la manía o de la depresión mayor (esto es, que tienen el 'síndrome') y los que sólo las cubren parcialmente (esto es, que tienen el 'subsíndrome' o ciclotimia) son impresionantes<sup>65</sup>.

Si se acepta la existencia de la enfermedad mental —algo que también Bertaux asume y que incluso los herederos de la psiquiatría crítica y el radicalismo anti-institucional no tienen hoy problema en reconocer—, y ponemos en juego una especie de principio popperiano que nos permita dirimir qué hipótesis explicativas son preferibles basándonos en ciertos criterios de economía y simplicidad, siempre será más verosímil afirmar que Hölderlin padeció después de 1806 de alguna clase de enfermedad mental que creerlo fingiendo durante casi 40 años un mal inexistente. Respecto del tipo de enfermedad que sufrió, si aún hoy en día, con el rápido avance de los saberes correlacionados con la psiquiatría que inciden en la cambiante nomenclatura médica —siempre puntillosa a la hora de imponer nuevos perfiles nosográficos—, resulta problemático en muchos casos emitir un diagnóstico sobre una persona viva, imaginemos sobre alguien que murió hace más de siglo y medio.

Es ahí donde cobra particular interés la reflexión historiográfica, a partir de las aportaciones que el profesor Germán Berrios viene impulsando desde la escuela de Cambridge. Una revisión minuciosa de los datos clínicos exige ponderar su valor conceptual desde una perspectiva transhistórica, en interacción dialéctica con los paradigmas científicos del momento y su contexto sociocultural, con el fin de limitar los riesgos evidentes de deslizar deformaciones anacrónicas. El estudio de los recursos asistenciales empleados en cada época y la evaluación de sus resultados terapéuticos constituyen, quizás, la mejor prevención contra el presentismo, un defecto bien fre-

<sup>63</sup> HCC: n° 35.

<sup>64</sup> JAMISON, K.R.: op. cit. pp. 251-253.

<sup>65</sup> Ibid., p. 26.

cuenta entre los prejuicios con que los historiadores suelen abordar la historia de la ciencia. Así que, a falta del dietario clínico de nuestro ilustre paciente que llevaba el médico y poeta Justinus Kerner durante su internamiento —cuya existencia está documentada, y cuyo hallazgo podría constituir una noticia definitiva, tanto para la literatura, como para la psiquiatría—, hemos de seguir especulando con los materiales disponibles. Pero las diversas fuentes que se manejan, incluso las que dan testimonio de su excepcional reinserción en la comunidad, lejos de agotarse, vienen constituyendo una auténtica historia clínica interdisciplinar continuamente actualizada, en una permanente controversia que desde la historia de la psiquiatría compone un fecundo palimpsesto que nunca se termina de rellenar.

No cabe duda que el caso Hölderlin constituye un ejemplo singular de la sinergia, feliz o desgraciada, que se puede producir cuando coinciden el delirio y la genialidad. Del primer concepto poco podemos añadir a lo reseñado en este excursus. En cuanto al fenómeno segundo, su abstracción quizá encuentre la mejor definición en las expresivas palabras de Victor Hugo: «El centelleo de la inmensidad, algo que resplandece y que es repentinamente sobrehumano, eso es el genio» (*Post-scriptum de ma vie*)<sup>66</sup>. Pero este azar, tan repentino y ajeno a la voluntad del hombre, debe entrañar no pocos riesgos de desequilibrio, ya que sólo con ímprobos sacrificios puede el iluminado dar fruto al maleficio de su originalidad, y así poder obtener un merecido reconocimiento social: dos condiciones imprescindibles para poder certificar a posteriori los rasgos inequívocos del rastro de la genialidad. En lo que al poeta Friedrich Hölderlin respecta, la génesis y desarrollo de su obra son la mejor corroboración de lo expuesto, lo que resulta avalado por la unánime consideración de que su poesía constituye uno de los pilares literarios más influyentes de la modernidad.

## TEXTOS

### Conversación entre el carpintero Zimmer y el escritor Gustav Kühne

(Transcrita por éste tras una visita al poeta en 1836)

Zimmer: Está en mi casa desde el momento en que le soltaron de la clínica. Le tuvieron allí dos años, le medicaron, le revolvieron de arriba abajo sin encontrar qué era lo que tenía. No pudo decir a nadie qué le faltaba. A decir verdad no le falta nada. Lo que tiene de más, eso es lo que le ha vuelto loco.

Kühne: ¿Es cierto que el pobre enfermo no ha tenido más crisis desde hace tiempo?

Zimmer: A decir verdad, no está loco, lo que se dice loco. Tiene perfectamente sano el cuerpo, su apetito es bueno, se bebe su buen medio litro todos los días a la misma hora.

<sup>66</sup> Cit. por BRENOT, Ph.: op. cit., p. 46.

Duerme bien, salvo con los fuertes calores del verano; entonces se le oye subir y bajar las escaleras todas la noche. Pero no hace mal a nadie. Es una buena compañía en mi casa. Se sirve él mismo, se viste y se mete en la cama sin ayuda de nadie. También sabe pensar, hablar, tocar música y hace todo lo que hacía en otros tiempos.

Kühne: ¿Pero sin continuidad?

Zimmer: ¡Ah, sí, así es!

Kühne: ¿Y cómo ha podido durar tanto tiempo este estado sin crisis, sin interrupción?

Zimmer: [...] Si se ha vuelto loco no es por falta de espíritu, sino a fuerza de saber. Cuando un vaso está demasiado lleno y se tapa tiene que estallar. [...] Todos nuestros sabios estudian demasiado, se llenan hasta el cuello, una gota más y eso se desborda. Y con ello escriben las cosas más impías. El entusiasmo por el paganismo ha sido lo que le ha hecho descarrilar, y todos sus pensamientos se han detenido en un punto, alrededor del cual gira y gira sin cesar. [...] Gira todo el tiempo hasta que cae abatido, al límite de las fuerzas. Créame, eso es lo que le ha vuelto loco. Esos malditos libros, todo el día abiertos sobre la mesa, y cuando está sólo, desde por la mañana hasta por la noche se lee a sí mismo pasajes en voz alta, declamando como un actor, con aires de querer conquistar el mundo. No merece la pena obstinarse así en esto, siempre lo mismo, es lo que llaman una idea fija.

Friedrich Hölderlin: Poemas de la locura (precedidos de algunos testimonios de sus contemporáneos sobre los «años oscuros» del poeta), Madrid, Hiperión, 1978, pp. 35-36.

#### Enfermo de soledad

La gran equivocación en la que caen algunos fugaces observadores de este estado de confusión de su alma es la de creer que Hölderlin tiene una idea fija de no tratar sino con reyes, papas y señores principales, ya que otorga esos títulos a cualquiera, incluso al carpintero. Esto es falso. Hölderlin carece de una idea fija que le domine continuamente. Más se halla en un estado de debilidad que de locura, y todo aquello carente de sentido que dice es consecuencia de un agotamiento físico y mental. Aclarémoslo: Hölderlin se ha vuelto incapaz de asir una idea, de tenerla clara, desarrollarla, relacionarla con otra análoga y enlazar también de este modo con lo no inmediato a través de una sucesión regular de términos medios.

[...] Sus incontables y extravagantes rarezas son en gran parte producto, fácilmente explicable, de su vida solitaria. Si hombres a los que se llama razonables y que se retiran de la vida en sociedad durante muchos años, llegan, especialmente si no trabajan, a cosas que ni siquiera a un loco de remate se le ocurrirían, cuánto más un desdichado que, tras una juventud llena de esperanzas y alegrías, llena de hermosura y riqueza, debido a una funesta combinación de las circunstancias y a un espíritu excesivamente sensible, a un espíritu asaz sobreexcitado, vive décadas enteras lejos de cualquier contacto con el mundo y no cuenta para pasar el tiempo con nada más que con el ruinoso mecanismo de su facultad de pensar.

Si hubiéramos de dar respuesta a la pregunta, que irremediamente se suscita ante la contemplación del conmovedor destino de este espíritu antaño tan aventajado, de si efectivamente sanará y de si logrará resucitar un pleno uso de su facultad mental, habríamos de afirmar con profundísimo dolor que no nos parece creíble, aunque es deseable, un cambio tal en

su vida psíquica. La constitución física de Hölderlin está deteriorada hasta tal punto que tendría que obtener nervios nuevos para librar a su espíritu de las cadenas.

Wilhelm Waiblinger: Vida, poesía y locura de Friedrich Hölderlin (1831), Madrid, Hiperión, 1988, pp. 35-41.

#### La locura del vidente

Ya pasaron los tiempos en que este mal despertaba respeto y aumentaba el prestigio del poeta. Los médicos lo han examinado clínicamente, con el resultado de que la historia literaria se convirtió en manicomio. Desde el momento en que reconocieron en el artista al caso patológico y en la obra de arte una «compensación» de un individuo inferior, el burgués que tiene conocimientos científicos está convencido de que en cada espíritu creativo se puede señalar la tara que explica su actividad, y los poetas dementes sirven para esta demostración como los ejemplos clásicos. El sufrimiento, sobre todo el del alma o el espíritu, fue para el pequeño burgués en todos los tiempos algo sospechoso o ridículo. Ya Oseas oía gritar a la gente detrás de sí: «Necio el profeta, insensato el varón de espíritu». La moderna psiquiatría dotó esta actitud del armamento científico. Desde la aparición del libro de Lombroso, *Genio y locura*, los psicólogos se esfuerzan con ahínco para curar a la humanidad de su enfermedad más peligrosa: la imaginación. Una vez visto que oficinistas y cocineras esquizofrénicos tienen predilección por hablar en verso, parece muy natural la idea de que este hecho arroja cierta luz sobre Hölderlin.

La locura significa en Hölderlin algo distinto que en Lenau, en Schumann algo distinto que en Nietzsche. Los nombres que la medicina da a la enfermedad son etiquetas que no iluminan el enigma de la vida y que olvidan el hecho de que existe un sufrimiento creativo y uno destructivo. Platón en el Fedro, distingue varias clases de locura. Separa la locura originada por la enfermedad humana de aquella que es enviada por los dioses. Sólo ésta es sagrada para él, y se divide en cuatro clases: la locura de la adivinación otorgada por Apolo, la de la iniciación mística otorgada por Dionisos, la poética por las Musas y, la más alta, la locura erótica otorgada por Afrodita. Cada una de estas formas es una especie de gracia divina, un retorno a la beatitud del ser puro. Cada una de ellas es muy superior a cualquier razón puramente humana, a ellas se deben los bienes más grandes de la cultura. De la poesía dice que: «Quien entre al atrio de la poesía sin esta locura de las Musas, creyendo poder convertirse en poeta gracias al arte exclusivamente, no está iniciado, y su poesía razonable será eclipsada por la del demente.» [...]

Hölderlin es el más grande ejemplo reciente de un poeta enajenado. Sus tinieblas tampoco parecen tan insondables si nos acercamos a él desde su poesía y no desde el manicomio. En el fondo, ya llevó siempre su locura en el alma, aun en los tiempos en que era un poeta «sano». Pues ya en aquel entonces hacía poesía vidente y trágica, ya se sentía un «muerto en vida», pero también sabía que «quien pisa en su dolor, sube más alto». [...] Inmediatamente después de declararse su enfermedad, Hölderlin dijo de sí mismo, como un siervo de Dios del Antiguo Testamento: «Ahora estoy completamente endurecido y consagrado, como vosotros lo deseáis. Pienso permanecer así, en lo principal. No temer nada y resignarse a mucho.» Todo esto indica el sentido de su catástrofe. Pensó en Platón cuando dijo que Apolo lo había herido. Es un ejemplo de la locura del vidente.

Walter Muschg: Historia trágica de la literatura, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 482-484.

Le pauvre Holterling

Caroline von Hessen-Homburg a Marianne von Preussen

Homburg, 11 de Septiembre de 1806

El pobre Holterling ha sido transportado esta mañana para ser confiado a sus parientes. Ha realizado toda clase de esfuerzos para tirarse fuera del coche, pero el hombre que debía tener cuidado de él le empujó hacia atrás. Holterling gritaba que unos guardias lo raptaban, y hacía nuevos esfuerzos y arañaba a ese hombre hasta tal punto, con sus uñas de una longitud enorme, que estaba todo ensangrentado.

SWB, III: 644.

*Sinclair a Hegel*

Hötensleben bei Helmstedt, 23 de Mayo de 1807

De Hölderlin tampoco yo sé nada, salvo que el Dr. Autenried de Tubinga lo está tratando. Desconozco con qué éxito. Pero en el almanaque de Seckendorf hay algunas cosas de él, acabadas en su estado actual, que yo juzgo incomparables, y que Fr. Schlegel y Tieck, con quienes hablé de ello el año pasado, las han proclamado lo más elevado, en su genero, de toda la poesía moderna. Quiera Dios que este horroroso destino sea finalmente pasajero.

SWB, III: 646.

Fragmento de Hiperión, escrito en Tubinga en casa del carpintero Zimmer, probablemente en 1808.

¡Sólo ahora entiendo al hombre, cuando estoy lejos de él y vivo en soledad!

Friedrich Hölderlin: Hiperión. Versiones previas, Madrid, Hiperión, 1989, p. 231.

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA  
EN EUROPA.  
TEMAS Y TENDENCIAS

F. FUENTENEbro DE DIEGO  
R. HUERTAS GARCÍA-ALEJO  
C. VALIENTE OTS  
(Editores)

Madrid  
2003

Las aportaciones que aparecen en el presente volumen, fueron presentadas en el V Congreso de la European Association for the History of Psychiatry, celebrado en Madrid, los días 12-14 de septiembre de 2002. Dada la diversa procedencia académica de los autores, se ha optado por respetar –siempre que fueran correctas y reconocibles– las distintas formas de cita en las referencias bibliográficas de cada uno de los trabajos publicados.

© Frenia, S.C.

ISBN: 84-607-8324-3

Depósito Legal: M-32671-2003

Imprime: GRÁFICAS LOUREIRO, S.L. • Teléf.: 91 611 59 94 - Fax: 91 611 59 88